



Nuestra boda iba a ser en septiembre.

De hecho, ya me había hecho la última prueba del vestido. Había elegido a mis damas de honor, escogido el ramo de flores y reservado el cátering. Mis invitaciones ya estaban listas y se las había mandado a todos mis invitados. Habíamos contratado una orquesta. Hasta habíamos hablado de cómo llamaríamos a nuestros hijos cuando losuviéramos en un futuro. Había llenado páginas y páginas enteras con garabatos: Sr. y Sra. Brett Landstrom. Brett y Emma Landstrom. Brett Landstrom y su esposa, Emma Sullivan-Landstrom. Los Landstrom. Incluso podía imaginarme el futuro que tendríamos juntos.

Y, de repente, un día, todo se vino abajo.

Era una bochornosa tarde de martes del mes de abril, y yo había salido de trabajar a las tres, por lo que pude preparar una cena especial para Brett para celebrar el primer aniversario de nuestra vida en común. Limpié la mesa que teníamos en el patio, compré flores frescas e hice su plato favorito (pollo a la plancha relleno de alcachofas, tomates secos y queso de cabra, acompañado de pasta de cabello de ángel con salsa marinera). *Perfecto*, pensé mientras servía Chianti en las copas.

—Tiene buena pinta —dijo Brett, según cruzaba las puertas correderas de cristal que daban al patio a las seis en punto de la tarde. Una vez fuera, se aflojó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa, lo que, sin ninguna duda, le hizo parecer aún más sexi de lo habitual, con un aspecto informal. El que me resultara igual de atractivo que la primera vez que lo vi, me hizo pensar que era una buena señal. Esperaba que ese pensamiento fuera mutuo.

Le sonreí.

—Feliz aniversario —dije.

Brett parecía desconcertado.

—¿Aniversario? —Se pasó la mano entre su oscura y ondulada cabellera—. ¿Aniversario de qué?

Mi sonrisa se desvaneció un poco.

—De que vivimos juntos —respondí.

—Ah. —Tragó saliva—. Bueno, feliz aniversario a ti también. —Dejó caer su metro ochenta sobre la silla más cercana a la puerta corredera de cristal y le dio un trago a la copa de vino. Lo paladeó durante unos segundos, asintió con la cabeza dando su aprobación y dejó que recorriera su garganta.

Sonreí, sentada frente a él, y le pasé la fuente con la ensalada, que estaba repleta de lechuga troceada, aceitunas, pimientos, tomates, limón recién exprimido y queso feta. Antes de servirse un poco en su plato, olió el contenido del recipiente aprobándolo.

—Ensalada griega —señaló él, entrecerrando sus ojos de color avellana.

—Sí —contesté, devolviéndole una sonrisa—. Tu favorita.

Estaba convencida de que se me darían mejor todas estas cosas (cocinar, limpiar y, básicamente, ser una diosa doméstica) una vez que estuviéramos casados. La madre de Brett (quien, como podéis imaginaros, no trabajaba fuera de casa, sino que se dedicaba únicamente a cocinar y a cuidar del hogar) ya me había recordado varias veces, con una sonrisa forzada en su rostro, que su hijo estaba acostumbrado a encontrarse la cena preparada encima de la mesa cuando volvía del trabajo y la casa limpia y ordenada, prácticamente impecable. Sabía que el mensaje subliminal que subyacía de este recordatorio era que yo no estaba a la altura.

Por lo visto, se suponía que tenía que ser tanto un ama de casa como una cocinera perfecta y compaginarlo, a la vez, con mi trabajo a jornada completa.

—Entonces —me aventuré a decir tras unos minutos de un silencio tenso que se había instalado entre los dos. Brett había empezado ya a comer y estaba haciendo ruidos de «mmm» mientras masticaba. Vacilé por un momento—. ¿Has podido echarle un vistazo a tu lista de invitados?

Lo único que necesitaba de Brett era que me facilitase una lista con los nombres y las direcciones de los familiares a los que quería invitar y ya se lo había pedido cuatro veces. Sabía que odiaba planificar las

cosas y que consideraba todos los preparativos de nuestra boda una cruz, pero teniendo en cuenta que yo me había encargado de hablar con el cura para decidir la fecha del enlace, contratar la orquesta, ir a todas las degustaciones del cátering, quedar cinco veces con el planificador de bodas y escoger las invitaciones, todo esto yo sola, no consideraba que estuviera pidiendo demasiado.

—Aún no —masculló Brett, con la boca llena de pollo.

—Vale —dije despacio. Intenté recordarme a mí misma que estaba muy ocupado en el trabajo. Acababa de empezar con un caso importante y le llevaba más horas que las que me llevaba a mí el mío. Forcé una sonrisa—. ¿Crees que podrías tenerla preparada para el domingo? —pregunté con dulzura, tratando de no sonar como si le estuviera reprochando o recriminando algo—. Tenemos que enviar ya esas invitaciones.

—Ya que sacas el tema —intervino Brett. Recorrió con el tenedor los bordes del plato, haciéndose con los últimos restos de pasta que quedaban y llevándose a la boca el último bocado antes de arrastrar el plato hasta el centro de la mesa. Le dio otro trago a su copa de vino, vaciándola—. Creo que tenemos que hablar.

—¿Sobre la lista de invitados? —pregunté. Pensé que ya habíamos acordado que invitaríamos a todos los que quisiéramos invitar. Al fin y al cabo, mi padre me había prometido echarnos una mano en lo que pudiera en términos económicos. Los padres de Brett, por decirlo suavemente, gozaban de una posición económica bastante desahogada. Vivían a tan solo quince minutos de nosotros, en Windermere, el barrio de Orlando donde Tiger Woods y alguno de los miembros del grupo NSYNC tenían mansiones enormes. La propiedad de los Landstrom era igual de grande y ya nos habían dicho que el dinero no supondría ningún problema a la hora de planificar la boda perfecta de su único hijo.

—No sobre la lista —dijo Brett. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa—. Sino sobre la boda.

—Ah. —No me sorprendió del todo. Brett y yo habíamos tenido algunas pequeñas discrepancias sin importancia sobre algunos de los detalles del casamiento, como si celebraríamos la ceremonia en la playa en San Petersburgo o en el inmenso jardín de sus padres (le dejé que decidiera él, y planeamos la boda en el jardín), o sobre si

la tarta nupcial sería la tradicional tarta de vainilla o una tarta con un sabor diferente en cada piso (al final, optamos por la de vainilla, básicamente por la insistencia de la madre de Brett).

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Es por los asientos? Si quieres, podemos poner las sillas plegables afelpadas. Eso no es un problema. —Una de mis debilidades para la boda había sido escoger bancos de madera blancos, lo que pensé que quedaría muy bien en el precioso jardín de rosas de sus padres. Pero daba igual el lugar de la ceremonia, el sabor de la tarta o los asientos, ¿no? Lo realmente importante era que iba a pasar el resto de mi vida con Brett.

—No. —Negó con la cabeza—. Los bancos están bien, Emma.

—Ah —respondí, un tanto sorprendida. Era la primera vez que había aceptado mi opinión sin argumentar nada en contra—. Fantástico. Entonces, ¿de qué quieres hablar?

Apartó la mirada.

—Creo que deberíamos cancelar la boda —dijo.

En un primer momento, estuve segura de que había escuchado mal. Después de todo, había pronunciado aquellas palabras de una forma despreocupada, como si me hubiera dicho que el mercado de valores se había desplomado o que se esperaban lluvias en la previsión meteorológica para el día siguiente. Y después de haber dejado caer la bomba, simplemente alargó el brazo para coger la botella de vino, rellenó su copa y echó un vistazo a la televisión que estaba dentro de casa, estratégicamente girada hacia fuera para que así pudiera ver el partido de los Braves a través de las puertas de cristal mientras cenábamos.

—¿Qué? —pregunté. Sacudí la cabeza y forcé una risa incómoda—. Todo esto es muy raro. Juraría que acabas de decir que deberíamos cancelar la boda.

—Sí, es lo que he dicho —repuso Brett, mirándome por un momento y apresurándose a desviar la mirada nuevamente, de vuelta a los Braves. Le dio otro sorbo a su vino y no dio ninguna explicación. Sentí que empalidecía mi cara y mi garganta se secaba. Tragué saliva varias veces mientras me preguntaba por qué no me llegaba ni una pizca de aire.

—¿De verdad? —pregunté finalmente, con una voz un poco chiriante, ya que había subido a un tono más agudo.

—Sin ánimo de ofender o algo parecido, Emma, pero no creo que te siga queriendo —dijo sin darle importancia—. Quiero decir, que por supuesto te quiero, pero no sé si estoy enamorado de ti. Creo que, quizá, lo mejor sea que cada uno siga su camino.

Me quedé boquiabierta. Literalmente, como si se me hubiera descolgado la mandíbula y se hubiera abierto sola.

—¿Qué...? —Mi voz se apagó. Parecía como si mi boca no pudiera cooperar conmigo. Estaba tan estupefacta que difícilmente podía articular palabra—. ¿Qué? —Repetí—. ¿Por qué?

—Emma —empezó a decir Brett, moviendo la cabeza de esa forma condescendiente que había adoptado últimamente a la hora de hablar conmigo (me había dado cuenta de que era la misma manera en la que su padre con frecuencia se dirigía a su madre)—. No es que pueda explicar el porqué de lo que siento. Los sentimientos cambian, ¿sabes? Lo siento, no es algo que pueda controlar.

—Pero... —comencé. Mi voz se apagó de nuevo porque no tenía ni la menor idea de qué decir. Por la cabeza se me pasaban un millón de cosas, pero no era capaz de aferrarme a ninguna de ellas. ¿Cómo podía haber dejado de quererme? ¿Toda nuestra relación había sido una mentira? ¿Cómo iba a decirles a mis padres que la boda se cancelaba? ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora?

Tras un momento incómodo, Brett irrumpió en el silencio.

—Emma, es lo mejor, de verdad. De todas maneras, no querías estar en Orlando.

Mi boca se abrió aún más.

—¡Pero me quedé en Orlando! —Un repentino destello de ira se apoderó de mis entrañas—. Rechacé esa oferta de trabajo. ¡Por ti!

Tres meses antes, me habían ofrecido el trabajo de mis sueños (como jefa de relaciones públicas de un sello discográfico alternativo dedicado al rock bajo el paraguas de Columbia Records en Nueva York. Lo consulté con Brett y él me dijo de manera categórica que nunca se plantearía el hecho de mudarse; su vida siempre había estado, y siempre lo estaría, aquí, en Orlando. Así que, de mala gana, rechacé el trabajo. Al fin y al cabo, estaba prometida y mi novio tendría que ser lo primero, ¿no? Y, como resultado de mi renuncia, seguí trabajando en el mismo puesto de coordinadora de relaciones públicas, que me satisfacía menos que nada, de Boy Bandz, el floreciente sello disco-

gráfico con sede en Orlando cuya última creación, el grupo juvenil 407, había conseguido, nada más lanzar el disco, colarse en la cuarta posición de la lista de los Billboard pop con su canción *I Love You Like I Love My Xbox 360*.

—Bueno, Emma, esa fue tu decisión —respondió Brett, moviendo la cabeza y dibujando con sus labios una leve sonrisa, como si yo hubiera dicho alguna chiquillada—. En realidad no puedes culparme por las decisiones que has tomado en tu vida.

—Pero tomé esa decisión por ti —refuté. La cabeza me daba vueltas. Esto no podía estar pasando.

—¿Y se supone que tengo que casarme contigo por un sentido de la obligación? —preguntó. Me miró fijamente a los ojos—. Venga, Emma. No es razonable. Tomamos nuestras propias decisiones.

—¡Yo no he dicho eso!

—Pues es eso lo que parece que has dicho —repuso él. Parecía casi petulante—. Y no es justo.

Le clavé la mirada durante un buen rato.

—Entonces, ya está, ¿no? —Me las apañé para formular una frase—. ¿Después de tres años?

—Es lo mejor —prosiguió con mucha soltura—. Y no te preocupes; puedes tomarte la mudanza con calma. Me quedaré con mis padres para darte algún tiempo.

Lo miré anonadada. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que tenía que mudarme. Pero estaba claro que lo iba a hacer. Esto es lo que pasa cuando las parejas rompen, ¿no?

—Pero ¿dónde voy a ir? —le pregunté en voz baja, detestando sonar tan desesperada e insegura.

Brett se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿A casa de tu hermana?

Negué con la cabeza una vez, rápidamente, apretando con fuerza los labios para mantener la boca cerrada. De ninguna de las maneras. No podía soportar ni tan siquiera la idea de tener que arrastrarme hasta la puerta de la casa de Jeannie y admitir que había perdido a Brett.

Era ocho años mayor que yo, estaba casada con el pasivo y tímido Robert y tenía un hijo de tres años, el niño más consentido y mimado que jamás haya visto. No podía aguantar la idea de escucharla hablar

con aires de suficiencia sobre cómo y por qué Brett me había dejado. «Fracaso», diría. «Otro fracaso para Emma Sullivan.»

—Bueno, no lo sé, Emma —dijo él, parecía exasperado. Se pasó una mano de forma distraída por el pelo, el cual empezaba a tener un poco largo. *Necesita un corte de pelo*, fue el pensamiento abstracto que me invadió la mente por una milésima de segundo antes de darme cuenta de que ya no sería responsabilidad mía recordarle este tipo de cosas—. Puedes ir a casa de alguna de tus amigas —continuó sugiriendo—. A la de Lesley o a la de Anne o a la de Amanda o a la de cualquier otra.

Escuchar sus nombres (los nombres de tres de las chicas que iban a ser mis damas de honor) me provocó una sacudida por todo el cuerpo.

Brett parpadeó un par de veces en mi dirección y luego apartó la mirada.

—Doy por hecho que entiendes por qué tienes que mudarte.

Me sentía mareada. No podía creer que me estuviera haciendo esto.

—Porque es tu casa —dije, apretando los dientes. Sentí cómo mis ojos se entrecerraban. Había sido un tema de discusión entre nosotros durante el último año. Brett, con mayor salario, había pagado la entrada de nuestra casa del barrio de Metro West de Orlando, y por eso la hipoteca estaba a su nombre. Las pocas veces que me había atrevido a quejarme de que el acuerdo no me parecía justo (al fin y al cabo, yo estaba pagando la mitad de la deuda sin ganar lo mismo), Brett sonreía y me recordaba que una vez que estuviéramos casados, de todas formas, todos nuestros bienes y propiedades serían comunes, por lo que, ¿merecía la pena preocuparse por estas nimiedades?

Por aquel entonces, todo parecía muy razonable.

—De acuerdo —contestó Brett, ni tan siquiera con la decencia de parecer avergonzado—. Ya encontraremos una solución para lo de la hipoteca, Em. Estoy seguro de que te debo algo de dinero ya que has estado contribuyendo al pago durante este último año. Hablaré con mi padre y veremos qué podemos hacer.

Según añadía palabras a su discurso, más estupefacta me quedaba. *¿Contribuyendo?*

—Aun así, lo siento, cariño —prosiguió—. Para mí también es muy duro, ¿sabes? Pero con toda sinceridad, no es por ti. Es por mí. Lo siento.

Casi me echo a reír. De verdad. Y, quizá, lo hubiera hecho si no fuera porque estaba absorta en mis pensamientos fantaseando en apuñalarle con el cuchillo con el que había cortado el pan.

—¿Estarás bien?—me preguntó después de un momento de silencio.

—Estaré bien —murmuré, sintiéndome de repente furiosa por el simple hecho de que lo hubiera preguntado, como si le importase algo.

No supe qué hacer a la mañana siguiente cuando me desperté sola en una cama de matrimonio vacía de la cual ya ni siquiera la mitad me pertenecía. Estaba paralizada; me sentía como si estuviera atrapada en medio de una pesadilla.

Por lo que opté por continuar con la rutina de cada mañana: me levanté, me duché, me sequé el pelo, me maquillé, elegí un atuendo cómodo y me fui a trabajar. Al menos existía un consuelo en dicha rutina.

Las oficinas de Boy Bandz Records se situaban en una antigua estación de ferrocarril reconvertida, en el centro de Orlando, a tan solo una manzana del bufete de abogados de Brett. Con toda probabilidad, alguna que otra vez nos encontraríamos el uno con el otro en Church Street cuando él saliera a comer a Kres con algún compañero o cuando yo me decantara por una porción grasienta de pizza de Lorenzo. Recé porque uno de esos más que posibles encuentros no tuviera lugar hoy. No pensaba que pudiera controlar la situación.

Me senté en mi escritorio unos minutos antes de las ocho y media de la mañana y miré aturdida la pantalla del ordenador. Era como si hubiera perdido toda la capacidad para funcionar. Tenía un millón de cosas que hacer (redactar un comunicado de prensa sobre los chicos de 407, enviar un cedé a O-Girlz, el grupo juvenil de chicas de la empresa de nuestro presidente, el promotor de grupos juveniles Max Hedgefield, que acababa de salir a la venta, devolver varias llamadas a diferentes medios de comunicación), pero no podía imaginarme haciendo algo tan banal como trabajar cuando mi vida entera se hacía pedazos.

A las nueve menos diez, Andrea, mi jefa, vino a mi mesa. Era la tercera vez que me echaba unas gotas de colirio en los ojos aquella mañana en un intento de disimular lo enrojecidos que estaban. Es-



peraba que la estrategia estuviera funcionando. Sabía lo mucho que detestaba la insensible Andrea que sus empleados se trajesen consigo al trabajo sus problemas personales.

—Buen trabajo con la cuenta de 407 —dijo. Se llaman 407 porque Max Hedgefield (a quien todo el mundo llama Hedge), al parecer, se había quedado sin frases tontas para encadenar unas con otras y, por ello, había recurrido al código postal de Orlando, el lugar de nacimiento de los nuevos grupos juveniles.

—Gracias —respondí, forzando una sonrisa hacia ella, enfocándola con una mirada vidriosa. Había hecho un buen trabajo, y lo sabía. Uno de los integrantes del grupo 407 había decidido salir del armario la misma semana en la que se había puesto a la venta el disco, por lo que deduje que había sorteado la tormenta resultante de los medios de comunicación decentemente. Gracias a Dios, Lance Bass ya se había encargado de abrir el camino a los componentes homosexuales de las bandas juveniles. A Danny Ruben, el gay orgulloso de nuestro grupo, los medios de comunicación lo recibieron con los brazos abiertos, y como resultado de toda la publicidad, el álbum de 407 escaló puestos en las listas musicales incluso más rápidamente de lo esperado.

—Tenemos que hablar sobre algo —anunció Andrea. Agachó la mirada fijándola en su mano izquierda y examinó atentamente su perfecta manicura.

—De acuerdo.

*Quizá, pensé con esperanza, me asciendan.* Después de todo, realmente me lo merecía. Llevaba trabajando para ellos cuatro años y, aunque me encargaba de las cuentas de 407 y de O-Girlz yo sola, solo era la coordinadora de relaciones públicas. Últimamente, había escuchado rumores de una reestructuración en la empresa y yo había cruzado los dedos para que me hicieran la nueva directora del departamento de Relaciones Públicas, lo que venía acompañado por una subida de sueldo sustancial.

—Emma, cariño —dijo canturreando, concentrándose ahora en las perfectas uñas de su mano derecha—, Hedge ha decidido recortar la plantilla un poco, por lo que me temo que nos vemos en la situación de tener que dejar que te vayas.

Sentía cómo mi visión se nublaba, a pesar del colirio.

—¿Qué? —Debía de haberla escuchado mal.

—¡No te preocupes! —prosiguió con entusiasmo, apartando la mirada—. Te ofrecemos una indemnización de cuatro semanas y estaría más que encantada de escribirte una buena carta de recomendación.

—Espera, ¿me estáis echando? —pregunté con incredulidad.

Andrea volvió a focalizar su mirada en mí y me sonrió jovialmente.

—No, no, Emma, estamos prescindiendo de ti —aclaró, pronunciando cuidadosamente las tres últimas palabras—. ¡Es completamente diferente! Lo siento mucho. Pero te agradeceríamos que pudieras dejar la mesa despejada y todo recogido al mediodía. Y, por favor, intenta no montar ningún numerito.

—¿Un... un numerito? —tartamudeé. ¿Qué se pensaba que iba a hacer? ¿Lanzar el ordenador contra la pared? No es que fuera del todo una mala idea, ahora que lo pienso.

Se inclinó hacia delante y bajó su tono de voz con complicidad.

—Tienes una buena reputación por aquí, Emma —dijo—. Sería malo para la moral de la empresa si montaras una escena, ¿sabes? Por favor, por el bien de Boy Bandz. De verdad que sentimos tener que dejarte marchar.

Traté de concentrar todas mis neuronas en lo que me estaba diciendo. Estaba bloqueada, como si alguien me hubiera abofeteado la cara.

—Pero... ¿por qué? —pregunté tras una pausa. Mi estómago estaba empezando a contraerse en nudos extraños y apretados. Durante unos segundos, temí que la barrita de cereales que me había comido de camino al trabajo fuera a reaparecer—. ¿Por qué yo?

Por un momento, Andrea pareció preocupada y, luego, me dedicó una gran sonrisa.

—Emma, querida, simplemente estamos reduciendo la plantilla —me explicó—. No es nada personal, te lo aseguro. Estás más que de sobra preparada para tu puesto, pero no hay sitio para crecer aquí dentro. Además, ¡estoy segura de que encontrarás otro trabajo en menos que canta un gallo! Me encantará poder recomendarte, sobra decirlo.

Ni me molesté en recordarle que Boy Bandz era la única discográfica de la ciudad. Por otra parte, era más que descartable la idea de llamar a la puerta de Columbia Records, en Nueva York, después de haber rechazado su más que generosa oferta tan solo tres meses atrás. Repentinamente, mi vida se había derrumbado.

—Ah —dije finalmente. No estaba segura de qué más decir. Parecía que mi cerebro estaba funcionando a muy pocas revoluciones.

—Fuera al mediodía, Emma —repitió Andrea—. Por favor, ningún numerito. Y, de nuevo, lo siento.

Abrí y cerré la boca, pero como no se articuló ningún sonido, me obligué a mí misma a asentir con la cabeza reconociendo que lo había entendido.

No me dejé llevar por el pánico. Era lo que quería, pero no lo hice. En lugar de eso, desorientada, recogí mis cosas de la mesa, me fui a casa y lloré durante lo que quedaba de día.

Cuando a la mañana siguiente me desperté de un sueño un tanto angustioso, exhausta y confundida, hice todo lo posible para repormerme. Encendí el ordenador, entré en la página *orlandosentinel.com* y busqué ofertas de trabajo de relaciones públicas. Había once, y como una idiota optimista, me inscribí en todas ellas, enviando por fax mi currículum desde la tienda Kinko que estaba cerca de casa y regresando alrededor del mediodía después de ir arrastrando los pies muy lentamente por la calle, sintiéndome inútil y desconcertada.

Durante las dos siguientes semanas, en las que básicamente me escondí en casa, negándome a hablar con ninguna de mis amigas, me llamaron para hacer seis entrevistas. Por desgracia, rompí a llorar en cinco de ellas (no es que fuera algo normal en mí, ni por asomo; le echaba la culpa al trauma pos-Brett). En la sexta cita, en la que no lloré, ya supe que no me iban a contratar cuando el hombre que me estaba entrevistando me preguntó que por qué quería trabajar como representante de relaciones públicas para J. Cash Steel y no fui capaz de encontrar ni una sola razón porque realmente no quería trabajar para un fabricante de acero.

Brett me llamó tres veces en el transcurso de dos semanas, preguntándome con un tono de voz monótono si estaba bien. Estaba confusa por su inusual preocupación hasta que por fin, a finales de la segunda semana, reveló el verdadero motivo de las llamadas.

—Mira, sé que has perdido tu trabajo, Em —dijo—. Y lo siento. Pero me encantaría volver a mi casa. ¿Ya sabes, más o menos, cuándo te vas a ir?

Le di un calificativo por el que mi madre, en su día, me hubiera lavado la boca con jabón. Después, colgué tan fuerte que el auricular se rompió.

Esa misma tarde, me armé de valor para coger el teléfono estropeado (aunque seguía funcionando) y llamar a mis tres mejores amigas, las que se suponía que iban a ser mis damas de honor. No me habían llamado desde que Brett cortó conmigo, pero yo tampoco las había llamado a ellas. No quería hablar del tema. Sé que se sorprenderían al oír que me había dejado y me moría de ganas de que me consolaran.

*Al menos estarán de mi parte*, me dije a mí misma antes de marcar el número de Lesley. *Al menos sé que ellas no me harán daño*.

Me equivoqué otra vez.

—Me siento muy mal diciéndote esto —comentó Lesley tras mencionar de pasada que ya sabía, desde la semana pasada, que se había anulado el compromiso—, pero creo que deberías saberlo.

—Está bien... —Esperé a que continuase, preguntándome por qué no me había llamado o había venido a verme si sabía desde hacía una semana que Brett y yo habíamos roto.

—Bueno... quizá no debería decírtelo —afirmó rápidamente, se oía su respiración acelerada al otro lado del teléfono.

Suspiré. No tenía fuerzas para jugar a ningún jueguecito.

—Sea lo que sea, Lesley, seguro que no es nada comparado con todo lo que ha sucedido en mi vida en las últimas semanas. —Al fin y al cabo, ¿qué podía ser peor que haber roto tu compromiso y haber sido despedida a la mañana siguiente?

—Bueno, si tú lo dices... —dijo mi amiga, su voz se fue apagando. Hizo una pausa—. Allá vamos, entonces. No sé cómo decirte esto, así que iré directa al grano. Amanda se ha estado acostando con Brett.

Vale. Está claro que sí que podía haber algo peor que el que se rompiese tu compromiso y que luego te despidieran al día siguiente.

Abrí la boca para decir algo, pero no pronuncié ninguna palabra. De repente, sentí cómo mi pecho se vaciaba. No podía respirar.

Tras un momento, Lesley volvió a hablar.

—¿Emma? —preguntó—. ¿Estás ahí?

—Urghrghrh —balbuceé.

—¿Estás bien?

—Uhrhghrh. —Era como si no pudiera formular una palabra.

—Escucha, Emma, ya no estabais juntos cuando pasó —se apresuró a aclarar mi amiga—. Amanda dice que la primera vez que se vieron fue tres noches después de que Brett se hubiera ido de casa. Creo que

simplemente necesitaba un sitio en el que quedarse, ya sabes. Una cosa llevó a la otra.

Estaba mareada. Por un momento pensé que iba a vomitar de verdad.

—¿Lo sabías? —pregunté susurrando después de tragar saliva varias veces—. ¿También lo sabía Anne?

—Bueno... sí.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Hubo un silencio como respuesta.

—Lesley, ¿desde cuándo?

—Desde la semana pasada.

—Voy a matarla. —Inspiré, odiando, súbitamente, a Amanda con todas y cada una de las partes de mi cuerpo.

—Emma, no digas eso —dijo Lesley con dulzura—. Tienes que admitir, después de todo, que ya no había nada entre Brett y tú.

Ni siquiera pude encontrar las palabras exactas para responder. Me atraganté con el sabor amargo que me subió por la garganta.

—¿La estás defendiendo? —susurré una vez que mis cuerdas vocales empezaron a funcionar de nuevo.

—No, no, no exactamente —contestó Lesley—. Solo le estoy intentado dar una visión lógica a todo esto. Brett no te ha engañado con ella ni nada por el estilo.

—Pero... —comencé a decir.

—De verdad, Emma —me interrumpió—. Anne y yo hemos hablado sobre esto y no creemos que Amanda haya hecho nada malo. O sea, es una situación delicada, pero estoy segura de que lo verás con otros ojos de aquí a una semana o dos, una vez que te hayas tomado algo de tiempo para pensar en ello. Quedemos todas para cenar esta semana y, así, podremos hablarlo. Sé que a Amanda le encantaría verte.

Estaba pasmada.

—Tengo que dejarte. —Colgué antes de que Lesley pudiera oírme llorar.

Acto seguido, llamé a mi hermana, Jeannie, en un intento carente de toda lógica por encontrar algún tipo de consuelo. Seis años antes, nuestro padre se había mudado a Atlanta con su nueva mujer veinte años más joven que él, y hace tres años, nuestra madre se había ido a California con su nuevo marido veinte años mayor que ella; así que Jeannie era la única familia que me quedaba cerca. Por desgracia,

éramos tan diferentes como la noche y el día, y la idea que albergaba Jeannie sobre una buena conversación era aquella en la que yo quedaba reducida prácticamente a las lágrimas reflexionando sobre todos mis defectos.

*Aunque, quizá esta vez, me consuele, pensé. Después de todo, ¿las hermanas no están para eso?*

—En serio, Emma —fue lo que dijo en lugar de compadecerse cuando le expliqué todo lo que había ocurrido. Pude escuchar de fondo a su hijo de tres años, Odysseus, gritando algo y a ella suspirar enérgicamente—. Brett está pasando por una crisis. Es una reacción completamente normal en los hombres antes de casarse. Les entra el pánico.

—Jeannie, ¿has oído lo que te acabo de decir? —dije despacio, sin estar muy segura de que me estuviera entendiendo—. ¡Se está acostando con una de mis mejores amigas!

—Emma, estás exagerando. —Suspiró nuevamente—. Siempre exageras todo. Robert también pasó por una crisis de pánico antes de nuestra boda, pero le hice entrar en razón. Los hombres simplemente necesitan, algunas veces, un poco de persuasión.

—Pero, Jeannie...

—Emma, de verdad, tienes que dejar de ser tan exigente —me interrumpió mi hermana, la persona más exigente sobre la faz de la tierra—. Y sacar lo mejor de ti para persuadirlo para que vuelva. Tienes casi treinta años, por el amor de Dios. Te estás quedando sin opciones. A los veintitrés yo ya estaba casada, ¿sabes?

—Sí, no dejas de recordármelo. —Indignada, colgué y volví a levantar el auricular para llamar a la única amiga de verdad que me quedaba (Poppy, con quien compartí piso en Londres durante un intercambio de verano hacía ocho años). La habían trasladado a París tres años antes para trabajar para Colin Mitterand, una multinacional con sede en Francia que se encargaba de las relaciones públicas dentro del mundo del entretenimiento, y el año pasado se hizo autónoma y abrió su propia agencia. A día de hoy, sabía que la habían contratado para ser relaciones públicas de KMG, un sello discográfico internacional con su centro neurálgico en París.

Crucé los dedos antes de marcar el último dígito de su número de teléfono. Si ella no me servía de apoyo, ya no sabía a quién más acudir.

—¿Que tu amiga Amanda hizo qué? ¡Esa puta asquerosa! —exclamó en su cerrado acento inglés después de que le contase todo lo acontecido.

Expulsé un contundente suspiro de alivio, y el principio de lo que podía ser una sonrisa se intuyó en las comisuras de mi boca.

—Ni te imaginas lo bien que me sienta escucharte decir eso.

—No necesitas una amiga como esa —dijo Poppy con vehemencia—. Y para el caso, ni las otras. ¿Cómo narices se atreven a defenderla?

Sentí una explosión de alivio.

—Tienes razón —afirmé.

—Y, sinceramente, cariño, Brett tampoco fue nunca un gran partido —continuó—. Siempre ha sido un niño de esos de mamá. ¡Que le zurzan! ¡Ahora podrás centrarte en tu trabajo!

—No exactamente —mascullé. Inspiré profundamente y cerré los ojos—. Me han echado.

—¿Qué? —La voz de Poppy se agudizó—. ¿Te han echado?

—Bueno, han prescindido de mí —aclaré—. Pero básicamente es lo mismo.

—Ah, cabrones —exclamó Poppy. Hizo una pausa—. Escucha, Emma. Conseguiremos solucionar las cosas, ¿vale? Te lo prometo. Tengo una idea. Déjame ver qué puedo hacer. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo, querida?

Fugazmente, sentí el impulso de su entusiasmo, pero había una parte de mí que no quería dejar de hablar con ella por teléfono. Al fin y al cabo, parecía ser la única persona cuerda, el único apoyo que yo tenía en esos momentos.

Volvió a llamar al día siguiente, tal y como había prometido.

—Mira, Emma, creo que he encontrado la solución a todos tus problemas —dijo muy animada.

—¿Sí...? —Me soné la nariz, me sequé las lágrimas y le puse la tapa a la tarrina de helado de menta con trocitos de chocolate de Blue Bell que había estado comiendo. Daba las gracias porque nadie hubiera estado ahí, delante de mí, viéndome engullir mi cuarto bote de helado del día. De repente, me sentí un poco indisputada.

—He hablado con Véronique, mi contacto en KMG, y tengo buenas noticias para ti —prosiguió, obviamente ajena a mis dolores de estó-

mago causados por el helado—. Aún no te lo había dicho, pero KMG me contrató expresamente para que me encargase de las relaciones con la prensa de habla inglesa para el lanzamiento del primer disco de Guillaume Riche, que va a ser en inglés.

—¿Guillaume Riche? —repetí, sorprendida. Guillaume Riche era la estrella del momento de la televisión francesa. Un actor que, por supuesto, era más conocido por sus innumerables romances, en los que se incluían aventuras reconocidas con algunas de las actrices más taquilleras de Estados Unidos y su relación de un año con la supermodelo británica Dionne DeVrie, que terminó el año pasado con una ruptura dramática que apareció en primera plana de los tabloides de todo el mundo. Leí la semana pasada en la revista *People* que estaba emprendiendo una carrera musical en lengua inglesa, pero no tenía ni la más remota idea de que mi amiga estaba detrás de todo aquello—. Poppy, ¡es genial!

—Sí, bueno, parece que su publicista personal ha dimitido, lo que me convierte a mí en la única responsable del lanzamiento del álbum —continuó detallando la historia a buen ritmo.

—¡Es increíble! —exclamé. Sentí una punzada de orgullo por mi amiga, quien, claramente, se las estaba apañando muy bien. A diferencia de mí.

—Sí, pero nuestro gran evento de prensa en Londres es dentro de tan solo cinco semanas y realmente me vendría muy bien algo de ayuda —concluyó. Se detuvo en su discurso e inspiró—. He convencido a Véronique diciéndole que con tu experiencia y contactos, serías perfecta para completar mi equipo, temporalmente, y ha aprobado un ligero aumento del presupuesto para que podamos hacerlo. ¿Qué me dices, Emma? ¿Podrías venir durante un mes más o menos y ayudarme con el lanzamiento de Guillaume?

—¿Ir a París? —repetí. Dejé caer la cuchara del helado y resonó con fuerza al impactar contra el suelo.

—¡Sí! —dijo Poppy con júbilo—. ¡Será tan divertido! Será solo algo para entretenerte y mantenerte ocupada mientras buscas otro trabajo. ¡Y te puede ayudar a superar lo de Brett!

Era tentador. Pero había un enorme obstáculo que estaba pasando por alto en toda su lógica.

—Poppy, ni siquiera hablo francés —le recordé.



—Venga ya —respondió—. Eso no es un problema. Te traduciré todo lo que haga falta. Y, además, vas a trabajar en el lanzamiento del disco de Guillaume en inglés. Tendrás que tratar en su mayoría con periodistas ingleses, irlandeses, norteamericanos y australianos. ¡Será pan comido!

—No sé...

—Emma, escúchame. —De repente se puso seria—. Has perdido a tu prometido. Has perdido a tus amigas. Has perdido tu trabajo. ¿De verdad crees que tienes algo más que perder si vienes aquí durante un tiempo?

Le di vueltas a su enfoque por un momento. Si lo pintaba de esa manera...

—Supongo que tienes razón —murmuré.

—Y déjame decirte, Emma, que no existe un sitio mejor que París para olvidarse de un gilipollas como Brett —añadió.

Y así, una semana y media más tarde, ahí estaba, metida en un avión con destino a una ciudad en la que solo había estado una semana, hacía una década, para ir a trabajar con una vieja amiga que no veía en años.

Por desgracia, nunca se me ocurrió preguntar ni una sola cosa sobre Guillaume Riche, ni tan siquiera por qué su publicista personal dimitió estando la fecha del lanzamiento del disco tan cerca. Si lo hubiera hecho, lo más probable es que nunca me hubiera subido a ese avión.



El avión comenzó la aproximación al aeropuerto parisino de Charles de Gaulle una hora antes de lo previsto, lo que advertí como una buena señal. Según descendía, hice todo lo posible por mirar a través de la ventanilla, convencida de que podría echar un vistazo a la torre Eiffel o a Notre Dame o, incluso, al serpenteante río Sena, todos ellos puntos de referencia que marcarían mi visita. En vez de eso, todo lo que pude contemplar fueron terrenos de pasto curiosamente geométricos y una masa densa y gris de nubes bajas que tapaba todo mientras el avión tomaba tierra. Era desconcertante; esta no era la Francia que yo recordaba. ¿Dónde estaban los monumentos relucientes y los pintorescos tejados?

Me había traído las dos guías de París que tenía y me las había subido a la cabina del avión con el propósito de leérmelas de cabo a rabo durante las ocho horas de vuelo. Habían pasado ocho años desde que estuve en París; un viaje de una semana con Poppy al final de nuestro intercambio de verano cuando teníamos veintiún años. Sin embargo, entre el hombre de negocios con sobrepeso del asiento de la ventanilla, la mujer mareada del pasillo dándome empujones todo el rato en el reposabrazos de mi asiento del medio y el hecho de que me daba un miedo considerable el volar, no pude centrarme en mis guías.

En lugar de leer, pensé en Brett.

Lo echaba de menos. Y me odiaba un poco a mí misma por ello.

Si quería ser sincera conmigo misma (y seamos realistas, ¿qué tenía que perder llegados a este punto?), me había dado cuenta de que desde el principio lo nuestro no estaba destinado a funcionar.

Nos conocimos hace tres años en una fiesta de los años 80 un sábado por la noche en Antigua, un club en la calle Chruch en el distrito centro de Orlando. Estaba bailando con Lesley y Anne un

tema de Madonna cuando un chico alto y con el pelo oscuro apoyado en la barra llamó mi atención. Era mono, tenía una sonrisa atractiva y me estaba clavando la mirada. Cuando *Vogue* acabó y empezó a retumbar por los altavoces *Livin' on a Prayer*, mascullé una excusa a las chicas y emprendí mi camino hacia la barra del local con aire despreocupado.

—¡Hola! —gritó Brett por encima del estruendo según me colocaba junto a él, fingiendo, claro está, que había elegido al azar ese sitio para pedirme un vodka con tónica.

—Hola —respondí despreocupadamente, mi corazón palpitó con fuerza cuando reparé por primera vez en sus hermosos ojos color avellana. «Take my hand, we'll make it, I swear» cantaba a pleno pulmón Jon Bon Jovi de fondo, su cincelado rostro aparecía en las gigantescas pantallas colocadas alrededor de la sala.

—¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó. Vacilé y asentí con la cabeza. Sonrió y se le dibujaron dos hoyuelos en las mejillas—. Me llamo Brett —se presentó.

—Emma —dije yo, y le tendí la mano.

La cogió y la movió de arriba abajo despacio, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Eres preciosa, Emma —dijo. Había algo en la forma en la que lo había dicho que me hizo creer que de verdad lo pensaba.

Después de hablar media hora y conocer a Lesley, Anne y Amanda, me preguntó si quería ir con él al bar de al lado que tenía una terraza y se llamaba Lattitudes. Y allí estuvimos, sentados en una mesa bajo la luz de la luna, bebiendo vodkas con tónica (teníamos la misma bebida favorita), charlando sobre películas (los dos pensábamos que *Cadena perpetua* y la película independiente *Primer* eran dos de las mejores películas que habíamos visto), intercambiando anécdotas de conciertos (los dos habíamos estado en los últimos tres conciertos de Sister Hazel en House of Blues) y reflexionando sobre qué queríamos del futuro. Parecía que teníamos muchas cosas en común, y su manera tan atenta de mirarme directamente a los ojos y la sonrisa que aparecía lentamente en su boca hacían que mi corazón palpitase. Al final de la noche, me había enamorado. Tuvimos nuestra primera cita a la noche siguiente, y un mes más tarde, me llamó novia por primera vez. Fue perfecto.

Tenía todo lo que quería y buscaba en un hombre (era guapo, divertido, sociable y tenía éxito). A mi familia le encantó y sus padres, al parecer, me aceptaron, aunque de mala gana. Éramos como la crema de cacahuete y la mermelada. Por lo visto, no había considerado la posibilidad de que una de mis mejores amigas un día se infiltrase en el sándwich.

—*Passeport, s'il vous plaît.* —La voz ronca del agente de aduanas de mirada severa situado detrás del cristal interrumpió mis pensamientos. De algún modo, los recuerdos de Brett me habían conducido a bajar del avión y a dirigirme al control de pasaportes, como un resto flotante en medio de un mar de pasajeros.

—Ah, sí, claro —tartamudeé, hurgando en mi bolso, entre las dos guías sin abrir de París, mi iPod rosa con música de Five for Fighting, Courtney Jaye y los Beatles, y mi portátil, que me compré el año pasado con mi paga extra de verano. Por fin, mis dedos toparon con el grosor de mi pasaporte norteamericano color azul marino y con las letras doradas en relieve, y lo saqué triunfante.

—*Voilà!* —exclamé contenta, esperando que el agente apreciara el uso de mi limitado vocabulario en francés.

No parecía impresionado. Simplemente gruñó, abrió el documento y lo examinó cuidadosamente. En la foto, tenía el pelo más corto, justo por encima de los hombros en vez de como lo tenía en ese momento, justo por debajo, y como la foto me la había hecho en invierno, mis mechas rubias estaban más oscuras de lo que lo estaban en la actualidad, a principios de mayo, lo que en Florida significaba que ya había disfrutado de dos buenos meses de sol. Mi bronceado actual era un poco más intenso y mis pecas estaban más marcadas. Y, por supuesto, gracias a las cuatro semanas tomando tarrinas de helado de menta con pepitas de chocolate sin parar (eh, así es como me las apañé para sobrevivir, ¿vale?), pesaba unos tres kilos más que cuando me saqué la foto. Pero mi desaliño generalizado era el mismo. En la foto, y lo sabía, se me había borrado el carmín, mis labios estaban agrietados y mi pelo estaba tan despeinado que parecía que acababa de salir de un túnel del viento. Sospechaba que mi aspecto delante del agente no era mucho mejor, recién aterrizada de un vuelo transoceánico.

—¿Está de visita? —preguntó el policía tras un momento de silencio. Su voz tenía un acento francés tan marcado que tardé unos diez segundos en descifrar qué me estaba diciendo.

—*Oui* —contesté con firmeza, aunque justo nada más salir esa palabra por mi boca, me di cuenta de que, en realidad, no era una turista. Había venido a trabajar. Me pregunté si debería decírselo o no.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó, seguía empeñado en hablarme en inglés.

—Cinco semanas —respondí. De repente, ese tiempo me resultó muy largo y me entró un impulso irrefrenable de darme la vuelta y precipitarme hacia las puertas de embarque nuevamente.

El agente francés murmuró algo ininteligible, selló mi pasaporte y me lo devolvió.

—Puede pasar —dijo—. Disfrute de su estancia en Francia.

Y ya estaba allí, siendo arrastrada por otra marea humana hacia un país en el que no estaba desde hacía años, para empezar una vida nueva para la cual no estaba nada preparada.

—¡Emma! ¡Emma! ¡Aquí!

En cuanto crucé las puertas, dejando atrás las cintas de recogida de equipaje, arrastrando mis dos maletas moradas gigantes detrás de mí, vi a Poppy.

—¡Hola! —exclamé, sintiéndome más aliviada al verla de lo que había esperado. Me cargué a los hombros el portátil metido en su funda y mi bolsa de mano y arrastré mi pesado equipaje hacia ella en lo que me resultó un movimiento a cámara lenta. Poppy estaba muy sonriente y me saludaba como una loca.

—¡Bienvenida, bienvenida! —dijo, aplaudiendo con emoción antes de salir corriendo para abrazarme. Su melena hasta los hombros con mechas cobrizas estaba recogida en una coleta y se había pasado un poco con el maquillaje (que era más o menos lo que hacía siempre). Tres centímetros más alta que yo, tenía una sonrisa amplia, de oreja a oreja, mejillas sonrosadas, unos ojos color aguamarina enormes y muchas curvas a las que le gustaba describir como «voluptuosas».

Iba vestida con una blusa púrpura brillante, una falda negra, a la que le faltaban unos cuantos centímetros de largo y le quedaba una

talla pequeña, y un par de medias rayadas verde bosque. Me estaba dedicando su sonrisa marca de la casa y no pude evitar devolvérsela, a pesar de mi agotamiento.

—Déjame que te ayude con las maletas, ¿vale? —se ofreció.

Aliviada, le cedí una de las inmensas maletas con ruedas moradas y comenzó a arrastrarla hacia la salida del aeropuerto, su cara se puso rápidamente roja como un tomate por el esfuerzo.

—Emma, ¿qué demonios llevas aquí dentro? —preguntó sorprendida tras cargar con el equipaje durante un rato—. ¿Un cadáver?

—Sí —dije—. He metido a Brett en la maleta para decidir qué hago con él aquí.

Poppy se echó a reír.

—¡Esa es la actitud! Entonces, ¡démosle a ese gilipollas lo que se merece!

Sonreí lánguidamente, deseando poder sentirme igual de resentida con Brett como aparentemente lo estaba ella. Estaba claro que había perdido mi dignidad, junto con mi trabajo y mi prometido.

Cuando nos subimos Poppy y yo a un elegante taxi negro y emprendimos nuestro camino hacia el centro de la ciudad, empecé a relajarme, calmada por el ritmo de su alegre cadencia. De alguna manera, estar ahí con alguien al que conoces tanto hacía que la aventura resultara mucho menos exótica, por mucho que todo lo que me rodease me fuera totalmente desconocido. Los coches Ford, Honda y Toyota a los que estaba acostumbrada en casa no estaban. En su lugar, la autopista estaba aboradada por una masa confusa y en la que se tocaba el claxon de diminutos coches Smart, utilitarios Peugeot y Renault cuadrados que se abrían paso por las afueras, de París que no se parecían en nada a lo que recordaba de la ciudad.

En vez de barrios pintorescos, tejados con fuste de chimeneas en forma de maceta y los alféizares de las ventanas enmarcados por flores, había fábricas con chimeneas humeantes y modernos y enormes edificios de apartamentos poco característicos con balcones minúsculos. Cuerdas para tender la ropa de las que pendían camisetas muy coloridas y vaqueros salpicaban el paisaje, intercalados con cientos de antenas improvisadas. Esta no era la clase de encanto que había imaginado que rebotaba Francia.

—Aún no hemos llegado a la ciudad —susurró Poppy, quizá dándose cuenta de mi expresión de preocupación.

—Ah. Vale. —Me sentí un poco más tranquila.

Pero entonces, nuestro taxista, que iba murmurando algo para sí mismo y conduciendo no muy lejos de la velocidad de la luz, salió de la autopista y el contorno industrial de los suburbios del este, repentinamente, dio paso a mi primer contacto visual en la distancia con las torres góticas de Notre Dame.

Fue la primera vez (la primera de verdad) que sentí que estaba en París, en otro continente, lejos de la única vida que siempre había conocido.

Di un grito ahogado.

—Es precioso —dije en voz baja. Poppy me cogió de la mano y sonrió.

Unos minutos más tarde, según atravesábamos una vía muy concurrida, el resto del perfil de París se hizo visible, y se me cortó la respiración. Bajo la luz de la tarde, con el cielo teñido por ricos matices rosas de la puesta de sol, la torre Eiffel se reducía a un contorno difuminado en el horizonte. Pude sentir cómo mi corazón latía tan fuerte que se golpeaba contra mis costillas según el taxi se adentraba más y más en la ciudad, rodeado de peatones, pasando por delante de señales de «stop», a través de calles empapadas de historia y tradición.

Al cruzar el Sena, pude ver el gran museo del Louvre, la imponente Conciergerie y el majestuoso ayuntamiento. La luz del día que se iba apagando se disipaba en el río y se reflejaba en forma de una mezcla silenciosa de colores pasteles que parecía brillar por debajo de la superficie. Era, pensé, la cosa más bonita que jamás hubiera visto.

—Bienvenida a París —dijo Poppy en bajo.

Ahora sí que empezaba a sentir algo parecido a estrar al fin en casa.

—Entonces, ¿cómo es realmente Guillaume Riche? —pregunté una vez que hube colocado las maletas en la diminuta habitación de invitados del pequeño apartamento de Poppy, donde me quedaría las siguientes semanas. Me había engañado ligeramente cuando me había dicho que su casa era un « piso espacioso de dos habitaciones ». De hecho, no debía de tener más de cuarenta metros cuadrados y, en

la habitación que sería mía por un tiempo, podía estirar mis brazos y tocar ambas paredes a la vez. Lo que lo salvaba (y realmente lo salvaba) era que estaba a tan solo dos manzanas de la torre Eiffel; si mirabas por la ventana del salón, podías atisbar la elegante estructura de hierro elevándose soberana detrás de los apartamentos al otro lado del patio. Sentía cómo mi garganta se contraía de una manera extraña cada vez que vislumbraba ese paisaje.

—Ah, ¿Guillaume? Tiene una voz bonita —dijo Poppy sin entrar en más detalles—. ¿Quieres un café?

—Me encantaría —contesté con una sonrisa. Ella se dirigió hacia su estrecha y abarrotada cocina y se puso a manejar una cafetera color rojo pasión que silbó y rezumó vapor cuando movió para abajo la manivela—. Entonces, ¿tiene talento? ¿Guillaume Riche? —Lo intenté nuevamente—. Nunca le he escuchado cantar.

—Ah, sí, es bastante bueno, de verdad —se apresuró a decir—. ¿Quieres un poco de canela por encima? ¿O mejor nata montada?

Tenía la sospecha de que estaba esquivando deliberadamente mis preguntas.

—Creo que es fantástico que trabajes con él. En estos momentos, tiene mucho éxito —dije, llevando a cabo el tercer intento para son-sacarle algo de información—. He oído el rumor de que está saliendo con Jennifer Aniston.

—Es solo un rumor —dijo con prontitud.

—¿Por qué estás tan segura?

Me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Porque fui yo quien lanzó ese rumor. Solo es la expansión de un rumor.

La miré incrédula.

—¿Y qué me dices del rumor de que quería adoptar a un niño de Etiopía, como Angelina y Brad?

Se rió avergonzada.

—También me lo inventé yo —admitió.

—¿Por eso la prensa empezó a llamarle San Guillaume! —exclamé—. ¿Y no tiene nada de verdadero?

—Nada en absoluto —contestó, guiñándome un ojo.

—Entonces, ¿qué puedes decirme sobre él? —pregunté según avanzábamos hacia el salón y tomábamos asiento cada una a un lado del



sillón con una taza humeante en la mano—. ¿Es tan perfecto como parece siempre en las revistas? ¿O también te encargas tú de eso? —El sillón estaba torcido y pude reparar en alguna gotera en el techo, pero había algo en las macetas de la ventana llenas de margaritas y en los pintorescos tejados que quedaban al otro lado del ínfimo patio interior que hacía que el apartamento pareciera mucho más lujoso de lo que probablemente fuera. Le di un sorbo al café con leche que había preparado mi amiga.

—Eh... —Poppy parecía no encontrar las palabras, algo muy raro en ella—. Sí, es maravilloso —concluyó—. ¿Te apetece un cruasán con el café? Los compré esta mañana en la pastelería de la esquina.

—Sería estupendo —dije, dándome cuenta de repente de lo hambrienta que estaba. Se incorporó de un salto y desapareció en la cocina, desde donde pude oír el crujido de una bolsa de papel.

Me levanté mientras esperaba a que regresara al salón y examiné la estantería de pie apoyada contra la pared. Estaba repleta de lo que parecían ser libros de autoayuda. Debía de haber más de cuarenta. Leí lo que rezaban algunos de sus lomos: *Cómo hacer que los hombres te deseen*, *Cuarenta citas con cuarenta hombres*, *A los chicos les gustan malas*, *Ámalos y déjalos*. Moví la cabeza y sonreí. Poppy siempre había sido un poco exagerada con sus aficiones. No tenía ni idea de que los libros de autoayuda relacionados con el ligar y las citas fueran su nueva obsesión.

—Menuda colección que tienes ahí, ¿eh? —le dije cuando volvió con un par de deliciosos cruasanes descansando sobre un plato rosa palo.

Poppy echó una mirada a la estantería y sonrió orgullosa.

—Lo sé —dijo—. Han cambiado mi vida, Emma.

Enarqué una ceja socarronamente.

—¿Que han cambiado tu vida?

—Es increíble —añadió, le brillaban los ojos. Alargó un brazo y me apretó una mano mientras nos dejamos caer en el sillón—. Después de Darren... bueno, digámoslo así, me volví un poco loca.

Asentí con la cabeza mostrando empatía. Darren había sido básicamente el Brett de Poppy. Estuvieron saliendo durante tres años, y cuando él rompió con ella hace cuatro años, decidió vivir aislada dos meses, negándose a hablar con nadie. Por aquel entonces, no entendí del todo por lo que estaba pasando, pero ahora... bueno, digamos

que vivir aislada del mundo dos meses no me parecía una idea tan descabellada.

—Este libro me ayudó a superarlo —dijo emocionada, poniéndose de pie de repente y tirando de un volumen verde claro destrozado de la balda. Me lo pasó y le eché un vistazo a la cubierta. Pestañee un par de veces, memorizando las palabras, y, luego, la observé incrédula.

—¿*Vudú para los amores que te dejan plantada?* —Leí el título en voz alta, sin poder apartar la mirada de la tapa, que tenía una fotografía de un muñeco con docenas de alfileres que sobresalían de la zona de su entrepierna.

—¡Sí! —Me lanzó una mirada de satisfacción y dio palmadas con las manos—. Fue perfecto. Todas las noches antes de irme a dormir, clavaba un alfiler nuevo en mi muñeco Darren. ¡Me hizo sentir muchísimo mejor!

—¿Tienes un muñeco Darren?

—¡Pues claro! —exclamó con entusiasmo—. ¡De hecho, todavía lo tengo! —Se esfumó por un momento y reapareció con un pequeño muñeco, no más grande que su mano, vestido con unos vaqueros y una camisa verde, una mata de pelo amarillo y algunas pecas—. Cada vez que pienso en él, simplemente le añado un alfiler en cualquier sitio que le duela.

—¿De verdad? —pregunté. Mientras la miraba con escepticismo, ella muy alegre sacaba de un bote de encima de la mesa un alfiler y se lo clavaba en la tripa del muñeco Darren.

—¡Ahí! —dijo—. ¿Ves? Ahora, esté donde esté, ¡me apuesto lo que sea a que está teniendo una repentina e inexplicable indigestión!

Parecía bastante satisfecha consigo misma según me mostraba el muñeco.

—De todas formas —prosiguió—, después de eso, empecé a pensar que quizá alguno de estos otros libros de ahí fuera también podrían ayudarme. Y, Emma, soy una mujer completamente nueva.

—Ah. Bueno, suena, eh... interesante.

—Emma, es maravilloso —afirmó. Dejó al pobre muñeco Darren sobre la mesa y se estiró para alcanzar otro libro de la estantería—. Como este libro, *Cómo ligar como un tío*, en el que el doctor Randall Fishington explica cómo darles la patada a los hombres antes de que te la den a ti. Es increíble. Y en *Los secretos de la mujer atractiva*

—continuó, haciéndose con otro tomo y pasándomelo—, los autores cuentan cómo hacer que un hombre te desee actuando como si no te interesase lo más mínimo. Pensaba que solo eran tonterías, pero, Emma, ¡funciona de verdad!

—¿Sí? —pregunté.

—He descubierto el secreto para que una cita tenga éxito. —Poppy hizo una pausa para darle dramatismo a la situación—. Cuanto peor trates a esos gilipollas, más interesados estarán en ti. Si pasas de ellos, se preguntarán qué es lo que te hace tan especial y caerán rendidos a tus pies automáticamente. Y lo mejor de ligar de esta forma, Emma, es que siempre les das la patada a ellos antes de que te la den a ti. ¡Nunca te hacen daño!

—Bueno, supongo que suena bien —dije no muy segura.

—Escucha, Emma —repuso ella. Se puso de rodillas delante de mí y sonrió—, voy a cambiar tu vida en este mes. Te voy a enseñar todo lo que he aprendido. Nunca más volverás a pensar en Brett.